

No es ésa la música a la que estas líneas se refieren, a la música que en uno u otro momento suena dentro de una casa porque alguien toca un instrumento, o abierto el botón de la radio o puesto alguien en marcha el giradiscos. Nos referimos y ello puede causar una cierta extrañeza a la música que una casa, ella de por sí, ella en sí misma, tiene. Depende esta música en gran parte de sus moradores, de sus idas y venidas, y del ritmo que en ellas tengan; del tono y del timbre de las voces humanas que en ella resuene y hasta del ladrido de los perros, del canto de los pájaros y del ronroneo del gato. Depende sobre todo del orden con que se vayan cumpliendo los actos de la vida cotidiana ante todo. Mas resulta que ello depende a su vez de la casa misma.

Una casa es un orden; un orden para ser vivido continuamente. Y un orden es una música cuando se cumple. Un orden se sigue en el espacio y en el tiempo. El orden vivido no es objeto de contemplación sino de acción; es un percibir para hacer; es un modo de movimiento que se sucede como una cadencia. Músicos en verdad somos todos aunque cuando cumplimos las acciones de nuestra vida en forma acordada contra la impertérrita realidad —pues que la palabra es agua allí donde la realidad piedra—.

¿Cómo usar pues, de la palabra con la deliberada intención de fijar hechos y de fijar sobre todo, al sujeto viviente que lo mira, petrificándolos? Aun la española “novela picaresca”, género de tan extremado realismo, el lector se siente movido por ese incesante fluir de la palabra que penetra la realidad y la aligera y la musicaliza. Y por ello es escuchada y penetrada deslizándose en lo más secreto del ánimo del lector que se queda, eso sí, ante ella sin defensa posible. Encantado por la música

sorbe la palabra y con ella la realidad que no quiso oír; entregada, ablanda la conciencia como sucede con la música, deja pasar al alma y al corazón, ese llanto de las criaturas y el canto del destino. Y sin remediarlo, el más impertérrito, pétreo lector se pasa de la parte de esas criaturas que recién han recibido un nombre. Y respira entre ellas, con ellas. Ya que entrar en la realidad no es verla ni tan siquiera oírla; es respirar y moverse entre ella, entrar con ella en una relación tal que se nos revele y nos revele lo que es vida.

2) LOS GÉNEROS LITERARIOS:

LA METÁFORA DEL CORAZÓN⁶:

Cuando se habla del “corazón” tiene casi siempre, a lo menos en los días de hoy, un sentido contradictorio. Se diría que esta metáfora esté siempre en la oposición: que sale a relucir como “lo otro”, como aquello con lo que no se contaba; el huésped que entra por la ventana o que estaba en el último cuarto oscuro de la casa en el desván o en el sótano. O bien lo que ha quedado fuera de las cuentas cuando parecen haberse hecho a la perfección, y sin embargo, la cuenta no sale. O bien, contrariamente, como algo que hay que descontar o apartar para ver más claramente o para juzgar con mayor justicia; como un atenuante y aún eminente en ciertas ocasiones, el corazón. Mas de una o de otra manera parece siempre erguirse, avisar en ocasiones a gritos, desatándose en lágrimas, en improperios y aún en risa, el corazón. Es lo “otro”, lo otro que cuando es tenido en cuenta parece que sea lo uno. Lo uno en el sentido de lo primero, de lo sustancial y aún de lo sustantivo, y aún de único. Pues que el corazón aspira a reinar; es como un mendigo, pues que siempre pide, que al aparecer es en realidad un rey. Pobre, afligido, mendicante, cuan-

⁶ Publicado en *Semana*, 24 de febrero de 1965.

Esta “breve versión” del tema no se corresponde literalmente ni con la contenida en *Notas de un método*, ni con la contenida en *Hacia un saber sobre el alma*.

do se le deja que se presente, cuando se le da al fin audiencia va y se sienta sobre el trono y entonces toda la sala y aún todo el palacio aparece como suyo. Servidores desconocidos hasta el momento, le sirven diligentes, singulares servidores, mensajeros veloces, silenciosos o clamorosos, según. Una luz nueva ha transformado la casa o el palacio, una luz oscura si esto puede decirse, y brillante al par. Y un ritmo que todo lo mide, todo. Un "tempo" diferente. Y hasta un espacio donde las figuras se mueven de distinta manera. Y un tiempo, donde el pasado, el presente y el porvenir se entrelazan de modo distinto a como hasta un instante nada más se entrelazaban. Y si antes había guerra y disputa, aparece la concordia, claro, cuando reina el corazón, mas también sucede que allí donde la calma, una calma inerte, reinaba aparezca la lucha y aún la discordia, cuando se sienta en el trono, el corazón.

La presencia del corazón en su metáfora, tan antigua, responde a su contradictoria naturaleza en la que los contrarios se manifiestan en su extremosidad. Para captar algo de lo que esta metáfora contiene se hace necesario ante todo dejarla que por sí misma se despliegue, ya que una metáfora es siempre una condensación de significaciones y aún de sentidos contradictorios, que no es posible reducir a un concepto.

Pues que la metáfora contiene la multiplicidad de notas y la muchedumbre de significados y de sentidos de que se hace portador un objeto, una realidad, ante la mente humana. La metáfora es el modo de contener, de encerrar sin reducir ni abstraer nada, en unidad. En una unidad diversa radicalmente de la del concepto. En el concepto la contradicción es anulada en la unidad de una esencia única, mientras que en la metáfora, la unidad es el más allá, como en un enigma, como en una adivinanza o en una parábola, más allá de las contradicciones, de las diversidades, trascendiéndolas como al fin hace la misma vida

cuando es debidamente vivida por alguien. Pues se diría que el vivir humanamente sea en cierto modo, una metáfora. Y la metáfora del corazón parece ser la metáfora entre todas, aquella en que esplende al par la naturaleza de la metáfora y la naturaleza de la realidad viviente entre todas, de la realidad que da vida a la vida. Por ello hemos de darle un poco de lugar, espacio, tiempo, en nuestro pensamiento para que antes de todo despliegue sus plurales componentes significativos. Sólo después se nos hará visible o adivinable quizás su último sentido.

VALLE INCLÁN Y LA GENERACIÓN DEL 98⁷:

Si la llamada generación del 98 tuviese un centro, una figura señera, sería don Ramón María del Valle Inclán. Miguel de Unamuno no pertenece propiamente a esa generación, aunque en ella suela incluirse, interior a ella, abrió en soledad su camino. Los dos murieron en el mismo año de 1936, en que estalló la Guerra Civil, al comienzo Valle Inclán, el último día, Unamuno, a la mitad Federico García Lorca. Mas Valle Inclán a pesar de ser figura señera de esa generación, anduvo solo; fue siempre imprevisible, paradójico más que don Miguel que pasaba por serlo tanto. Y más que Don Miguel aún era un gran personaje de la vida intelectual española desde el final de siglo hasta su muerte que coincide con el fin de ese extraordinario renacimiento del espíritu en España y del espíritu de España, que se consumó en fuego, sangre, luz, palabra.

La llamada "generación del 98" marca un momento decisivo de la historia. Es el año en que España pierde las últimas posesiones de su imperio, de un imperio que nunca fue comercial. Y así se quedó en su ocaso, pobre, aislada políticamente, casi muda, casi inexistente; separada del mundo y de sí misma.

⁷ Publicado en *Semana*, 31 de marzo de 1965.